

Opinión

Las dos opresiones que sufre Polonia

A simple existencia de la incógnita ya es una monstruosidad. Nos referimos a la pregunta de si las fuerzas armadas de la Unión Soviética intervendrán o no para resolver la grave huelga declarada en industrias básicas de Polonia. Esa pregunta está en todas la mentes. Más explícitamente, el Departamento de Estado norteamericano declara que no conviene forzar las cosas, precisamente para evitar esa intervención de los ejércitos soviéticos, los cuales, por otra parte, tienen una larga y sangrienta historia intervencionista.

Aunque existe la llamada "doctrina Breznev", según la cual los países comunistas tienen una "soberanía limitada" en el conjunto del hemisferio marxista, esto es llevar las cosas demasiado lejos. Pensar y temer, como la cosa más natural del mundo, que una disputa laboral y sindical puede degenerar en la intervención de un país extranjero es sencillamente monstruoso y abre los ojos que no quieren permanecer muy voluntariamente

cerrados respecto a la praxis real del comunismo allí donde éste se impone.

Muy recientemente regresó de Polonia el jefe del sindicato comunista español y pronunció, sin ninguna restricción a su libertad, muchas palabras, ante los periodistas que le esperaban. Pero una palabra que no hemos oído fue ésta: "comunista". Utilizó circunloquios para evitar pronunciar la palabra más exacta y expresiva: Polonia tiene un Gobierno comunista y unos sindicatos comunistas. Nada de eso dijo. Fue como si la huelga de Polonia acaeciera en un planeta extraterrestre cuyo régimen político nos es básicamente desconocido.

No es así. Polonia sufre dos opresiones perfectamente diagnosticables, con nombre propio. La primera, la ocupación militar por parte de una potencia extranjera, la Unión Soviética. La segunda, tiene un régimen político comunista. Ya es hora de que los nombres más sencillos y conocidos sean aplicados a los hechos más sencillos y conocidos.



Tener y no tener

La Villa Serbelloni es un palacio renacentista de estuco rosa-ocre, con varios órdenes de ventanas y galerías que acogen el sol del norte de Italia. Emplazada en el ángulo agudo de tierra que forman dos brazos de la lambda del lago Como, desde su altura reflejada en el agua mira los picos nevados de los Alpes por un lado, otea las llanuras italianas hacia el sur, y a sus pies se refugia el pueblo de Bellagio, donde nació Cosima que andando el tiempo sería la mujer de Wagner, hija ilegítima de los amores de Marie d'Agoult, con Liszt: mientras Cosima nacía en Bellagio, el músico componía allí la parte más importante de su obra pianística: los «Estudios de ejecución trascendental». La Villa Serbelloni es una sofisticada flor de mármol y cristal que brota en los jardines cuidadosamente preservados donde, en la época del emperador Vespasiano, Plinio el Viejo escribió su Historia Natural. La villa está rodeada de un parque que por su extensión más se asemeja a un bosque. Es hoy propiedad de la Fundación Rockefeller, que invita a una veintena de notables en cualquiera disciplina, con sus esposas, para pasar un mes allí terminando sus libros. No hay ninguna obligación más que la de aparecer, a la hora de cenar —tenida obligatoria es por lo menos la corbata; para las señoras, traje largo— a degustar las especialidades del norte italiano y probar los vinos, siempre variados y apropiados cuyo nombre aparece en el menú del día colocado delante de cada silla, que lacayos de librea retiran para que los invitados tomen sus puestos después de haber consultado, antes de entrar, el plano de mesa para ver junto a quién cenará esa noche. Durante el tiempo que estuve allí, había como huéspedes sir John Eccles, Premio Nobel de Medicina, un musicólogo joven que terminaba su biografía de Dallapiccola, el gran biólogo Ernst Mayr y muchos otros de impresionantes currículums. Existía, incluso, una especie de esnobismo del who's who. En cuanto se anunciaba el arribo de un nuevo visitante algunas de las esposas secretamente consultaban la inmensa biblioteca de who's who de todas las especialidades y de todos los países instalada en uno de los salones del segundo piso. Quien figurara en el Internatio-

nal Who's Who, naturalmente, recibía los mayores honores de estas damas a la hora del cóctel previo a la cena, o durante los juegos de canasta o intelect que se organizaban después.

Me he abalanzado en esta introducción —que no es mi tema— porque el ambiente es espectacular. En todo caso quiero decir que entre todos los amigos que allí hice ninguno me interesó tanto como cierto anciano, especialista de esos que ya sólo producen, me imagino, ciertas universidades inglesas, cuyo libro versaba sobre un apasionante tema: La vegetación en la cuenca del Mediterráneo en la época de Julio César. Fue inolvidable la experiencia de recorrer los jardines de Plinio con este civilizado experto que me iba explicando parentescos y genealogías orbeles de las especies que agraciaban el parque, algunas de las cuales ostentaban, como botellas de baccarat llenas de licor, cadenas de bronce con una placa identificando el árbol por su nombre latino.

Este historiador no conocía España, pero había oído hablar de su desnudez. Cuando le conté que en este país se oye comentar que en tiempos de Cristóbal Colón, si desembarcaba en Cádiz un mono, podía llegar hasta Santander sin bajarse de los árboles, sacó su libreta y anotó el dato. Fue más difícil aclararle la relación con su tema del vocablo paleta, que parece derivar de cierta especie de ciervos de astas anchas como paletas, común en las inmediaciones de Madrid cuando éstas eran boscosas: de pronto, en plena calle, los madrileños se encontraban con ciervos paletos confundidos y deslumbrados por las modestas luces y el gentío de entonces.

En los alrededores de Madrid, le expliqué a mi amigo, ya no hay ciervos ni nada que pueda llamarse bosque, aunque más de un paleta decore nuestra vida pública. A los españoles, en general, no les gustan los árboles, le expliqué: han descubierto que son peligrosos en las carreteras, y éstas —hasta que yo compré casa en Calaceite hace diez años las carreteras de entrada a los pueblos de Teruel estaban adornadas de magníficos olmos, pero ahora han sido eliminados «por peligrosos para el automovilismo»— han quedado totalmente pelonas. Los plátanos, que son gigantes soberbios al cruzar la frontera hacia

Francia, en España están podados, su crecimiento controlado, censurado, castigado, como si fuera pecaminoso que algo viviente adquiriera su forma natural: la espontaneidad de los escasos plátanos que van quedando aquí son como nudos torturados por la Santa Inquisición representada por la poda de este siglo. No es extraño, entonces, que haya crisis de celulosa en el país, que éste materia prima —problema de país desarrollado—, ya que se han agotado las reservas naturales y las plantas cierran una tras otra. Se impone importar celulosa, como cabe a un país desarrollado, para nuestros libros, que duran una lectura, y nuestros periódicos, que duran el día en que aparecen.

Dicen que se está importando, mediante ceremoniosos convenios, celulosa chilena. Hace tiempo que en Chile se exporta celulosa al Japón. Pero en vísperas de mi regreso a Chile es un pensamiento que me hace temblar. Desde siempre los países subdesarrollados han sido fuente de materia prima, e importadores de materia manufacturada. Pero mi problema —aquí, y por el momento; ya veremos, en el terreno mismo, qué ocurre— no es por ahora éste. Es la idea de abandonar Europa con su riqueza de sugerencias históricas y culturales —los Estudios Trascendentales en Bellagio, Rilke caminando por el parque del hotel de los Ingleses en Ronda, el sitio donde Raskólnikov besó la tierra en San Petersburgo, el mont Saint Victoire, para ir en busca de un paisaje virgen pero que puede estar ya depredado, como lo está la costa española, por ejemplo.

¿Pero abundarán por mucho tiempo más estas sugerencias? Cabe hacerse la pregunta. ¿Hace cuántos años que está cerrado medio museo del Prado? ¿Qué sucedió con los 350 cuadros que eran de su propiedad, hoy perdidos? ¿Por qué se taló en Andalucía un nocedal centenario para exportar la madera? ¿Por qué se permite que se de un camión que cruzó la semana pasada la frontera llevando ciento cincuenta tinajas rumbo, según entiendo, a Francia, y en la frontera nadie dijo nada— la depredación continúa? ¿Es sólo porque España tiene tanto que se cree inagotable? Pero no es inagotable. La costa ya murió, prostituida, ven-

dida, anulada, degradada. Hay que cuidar las cosas, las cosas pequeñas, para conservar la calidad de la vida.

Tal vez esta sea una de las pequeñas seducciones que me propone el regreso a Chile. En Chile tenemos tan poco —al contrario de España— que debemos cuidar mucho, y creo que, casi emocionalmente, hace muchos años que se está haciendo. Una casa con un modesto pilar de esquina, una iglesia de adobe blanqueado de hace no mucho, el parrón deimonónico de un convento, el estudio de la flora y de la fauna, la restauración cuidadosa de los escasísimos monumentos históricos, es una característica de nuestra gente. Me pregunto qué sucedería si hubiera «mucho que vender» como en España... ¿no lo venderíamos nosotros también? Espero que no. El espacio, los grandes espacios y ventisqueros y los bosques, aunque en peligro, no son vendibles. Me dicen, y tiemblo al pensar que puede ser verdad, que en Macchu Picchu han construido, o se piensa construir, un Macchu Picchu Hilton. ¿Es tan inevitable todo esto? ¿O es cuestión de cuidado, de cariño, de las duras virtudes de la pobreza?

Si, he seguido con un apasionamiento que ha sido criticado las huellas de aquellos que de un modo o de otro han configurado mi sensibilidad, huellas en que es tan rico este continente que abandono. Allí tiene que haber equivalencias, otras opciones. Para no entristecer con este pensamiento lo mejor es desmitificar un poco las cosas, e ironizar. Pensar, por ejemplo, cómo llegó la Villa Serbelloni a ser lo que es. En tiempos de Liszt la

gran Villa de Bellagio —que é alquilo— era la que queda abajo, junto al lago, la Villa Melzi. La actual Villa Serbelloni era casi una ruina hasta que hacia finales del siglo pasado fue transformada en hotel, y en un lujoso restorán. A comienzos de este siglo una noche apareció a cenar en ese restorán la princesa Thurn und Taxis —nacida en el nuevo continente con el nombre de Ella Walker, hija de Hiram Walker, el del whisky y el gin—, con un enorme grupo de distinguidísimos invitados. Cuando le presentaron la cuenta la opulentísima princesa preguntó que cómo era posible que fuera tan baja, tan poca cosa. Le explicaron que eran los costos habituales de la casa. Ella respondió:

—Pero sin incluir la casa, supongo, y yo quiero además de la cena, la casa y el jardín y el parque...

Cuando al poco rato le dijeron a cuánto ascendía el costo incluyendo todo, extendió un cheque por el precio total y después de unos arreglos se quedó a vivir en la Villa Serbelloni. La legó a la Fundación Rockefeller, con la condición de que jamás la vendieran personajes de distinción intelectual, y que mantuvieran, como ella, no sólo el jardín de Plinio y el parque en perfectas condiciones, sino todos sus criados, monteros, guardabosques, jardineros, hasta que último muriera.

Curioso, e irónico: es probable que de tales cenas están hechas muchas grandes instituciones de este mundo que salvan cosas que vale la pena salvar. Pero los millonarios de hoy no preservan bosques, sino que los talan y los venden.

JOSE DONOSO

La verdad es miembro de



AUTOCONTROL DE LA PUBLICIDAD

y procura que todos los anuncios que publica sean veraces y éticos.

Si, no obstante, los lectores opinan que algún anuncio se aparta de estas normas les rogamos escriban directamente a Autocontrol de la Publicidad - Av. de Burgos, 14, Torre III, 2.º B - Madrid-16